

## El conocimiento de Dios considerado como autoconsciencia y autocomprensión

1. El Concilio Vaticano ha definido dogmáticamente la siguiente proposición de fe: Dios es consciente de sí mismo y se conoce con autocomprensión total (Sesión 3, cap. 1; D. 1.782-1.784).

2. La autoconsciencia y el conocimiento de sí mismo no son idénticos en el hombre. Autoconsciencia es la atención actual o habitual con que el espíritu se da cuenta de su propio ser y el conocimiento concomitante mediante el cual se percibe a sí mismo como sujeto idéntico de la actividad psíquica total. Autoconocimiento es la más o menos perfecta comprensión de la propia esencia, de la propia naturaleza con todas sus disposiciones, potencias, inclinaciones, limitaciones, debilidades, etc.

3. La personalidad de Dios y su superioridad con respecto al mundo, en otro lugar descritas, presuponen la existencia de la autoconsciencia. Esta se manifiesta con toda viveza en la Revelación, la automanifestación de Dios. En ella Dios dirige la palabra al hombre, le manda, amonesta, juzga, consuela y perdona. Expresamente se manifiesta en Cristo, Palabra personal del Padre. En la autoconsciencia de Cristo aparece con toda claridad que la conciencia de Dios implica la conciencia de ser totalmente distinto del mundo y superior a éste (*Io.* 8, 42-47; 15, 18-21; 18, 36).

De las palabras de Cristo en *Mt.* 11, 27 se deduce no sola-

mente que Dios sabe que existe, sino también que se comprende a sí mismo, que no hay nada en su ser que le sea desconocido y que esta autocomprensión es algo que le pertenece exclusivamente: «Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo.» Cristo dice, según *Io. 10, 15*: «Yo conozco a los míos y éstos me conocen a mí como el Padre me conoce y yo conozco al Padre.» San Pablo atribuye el conocimiento de Dios al Espíritu de Dios: «Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; pues el Espíritu todo lo sondea, aun las profundidades de Dios. A la verdad, ¿quién conoce de los hombres lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también, las cosas de Dios nadie las conoce sino el espíritu de Dios. Mas nosotros recibimos no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios graciosamente nos dió» (*I Cor. 2, 10-12*).

De esto se deduce de qué modo realiza Dios su autoconocimiento; a saber: de tal modo que el Padre se conoce a sí mismo, al Hijo y al Espíritu; el Hijo, a sí mismo, al Padre y al Espíritu; el Espíritu, a sí mismo, al Padre y al Hijo. También, según Aristóteles, Dios es el conocimiento de sí mismo, más aún, el conocer del conocer. Pero el sujeto de este conocer es Dios en tanto que sujeto único del conocimiento, que se vuelve hacia sí mismo en el conocer. Según la Revelación bíblica, el sujeto del conocimiento es el Dios único, el cual realiza su conocer en cuanto Padre, Hijo y Espíritu. La autoconciencia y la autocomprensión divinas se extinguirían si cada una de las tres Personas divinas no se conociese y no conociese a las otras dos.

Es preciso mencionar aquí otra diferencia profunda debido a la cual la Revelación sobrenatural del autoconocimiento divino se distingue de la doctrina expuesta por la Filosofía religiosa de los griegos: a diferencia de lo que sucede con la Filosofía de la religión griega, la Escritura no está interesada en definir que el ser de Dios es ante todo conocer. Tampoco se limita a anunciarnos teóricamente que Dios conoce su propia existencia. Le interesa mostrar que Dios es el Ser supremo incomprensible y vivo, que se manifiesta mediante la Revelación, y le interesa mostrar que Cristo vive en comunidad personal con el Padre, y nos manifiesta las profundidades de Dios. El pasaje de San Pablo arriba transcrito expresa la alegre certidumbre de que en el Espíritu que nos ha

sido concedido, somos capaces de conocer, reconocer y amar los bienes de la Redención. El pasaje de San Juan describe que la relación entre el Padre y el Hijo es un conocerse mutuamente, del mismo modo que en otras partes se dice que esa relación es unión y compenetración, explicando así la unión de Cristo con sus fieles mediante la relación que constituye su más profundo fundamento e intimidad.

4. También los Santos Padres hablan del autoconocimiento divino sólo para poner de manifiesto su vitalidad e incomprensibilidad para nuestro conocimiento.

Minucio Félix dice de Dios en el diálogo *Octavius* (18, 7-9): «Es claro como la luz del sol que Dios no tiene ni principio ni fin. Comunica a todas las cosas la existencia, a sí mismo, la infinitud; antes de que el mundo existiese era para sí mismo todo un mundo. Rige con su palabra todo lo que existe, lo ordena con su razón y lo consume mediante su poder. No se le puede ver, pues es demasiado resplandeciente para nuestros ojos. Tampoco podemos palparle: es superior a nuestros sentidos y demasiado fino para el tacto. Tampoco puede ser medido. Porque es superior a nuestros sentidos, infinito, inconmensurable, conociendo sólo Él toda su grandeza. Nuestro corazón es muy limitado para poder comprenderle; por eso le valoramos debidamente cuando decimos que es invaluable» (BKV, II, 41 y sigs.). San Agustín (*Confesiones*, lib. 13, cap. 16): «Pues lo mismo que tienes el ser absoluto, así también es propiedad tuya un conocer absoluto, porque eres inmutable, conoces inmutablemente y quieres con voluntad inmutable. Tu ser sabe y quiere inmutablemente, tu saber es y quiere inmutablemente, tu voluntad es y sabe inmutablemente. Parece estar en contradicción con tu esencia que la luz mutable conozca la luz inmutable, del mismo modo que ésta se conoce a sí misma. Por eso, alzo a ti mis manos y mi alma sedienta de ti (*Ps.* 142, 6); porque lo mismo que no puede iluminarse a sí misma, tampoco puede calmar su anhelo. Pues en ti está la fuente de la vida, y en tu luz vemos la luz» (*Ps.* 35, 10).

5. La autoconciencia y el autoconocimiento divinos son un acto único e idéntico. Dios se conoce siempre a sí mismo en toda su plenitud. El conocimiento se verifica mediante la unión del objeto conocido y del sujeto cognoscente. Ahora bien, en Dios, que es absolutamente simple, el objeto conocido y el sujeto cognoscente son una sola realidad, de modo que la autoconciencia, el autoconocimiento y la autocomprensión tienen que ser internamente necesarios. A causa de su simplicidad, Dios es su autoconciencia y su autocomprensión. La autoconciencia no va junto a la actividad divina, del mismo modo que nos acompaña siempre nuestra autoconciencia. No puede realizarse indistinta o inconscientemente (habitualmente), sino que es siempre acto puro. Dios se

posee siempre a sí mismo con conciencia clara y despierta. Dios tampoco en su conciencia contempla la plenitud de su ser unas veces con más claridad y otras con menos. Como quiera que en Él es una realidad única e idéntica lo cognoscible y lo cognoscente, Dios conoce su propia esencia con una fuerza de igual categoría que su ser y siempre capaz de una actividad cognoscente suprema. En otro lugar veremos que este autopensamiento divino subsiste ontológicamente; más aún: que se conoce a sí mismo, es decir, que es Persona, que es Hijo de Dios. Si el hombre tuviese que contemplarse a sí mismo inintermitentemente, no pudiendo salir de sí mismo, terminaría por sentir tedio, hastío y asco.

Pascal escribe lo siguiente: «Los hombres tienen un instinto que les impulsa a buscar distracción y entretenimiento en las cosas. Ese instinto se deriva del sentimiento de su persistente mezquindad. Por otra parte, tienen también otro instinto misterioso, resto de nuestra naturaleza primera, mediante el cual conocen que la verdadera dicha sólo se halla en la quietud y no en el tumulto. De estos dos instintos contradictorios surge una tendencia confusa, oculta en la profundidad del alma, la cual les impele a aspirar hacia la quietud en medio de las inquietudes, haciéndoles creer que llegará la carente satisfacción cuando hayan superado (estas o las otras) dificultades presentes... Luego que han sido superadas las dificultades, la quietud (misma) les parece insoportable, porque piensan en la miseria en que se hallan o en la que les amenaza. Y aun cuando llegase a sentirse completamente seguro, el tedio seguiría surgiendo con necesidad esencial de las profundidades del corazón, donde tiene sus raíces, inundando el espíritu con su veneno. Por eso aman tanto los hombres el ruido y el movimiento; por eso les parece que las cárceles son un terrible tormento; por eso es incomprensible el amor a la soledad. Lo que convierte el estado de los reyes en el más dichoso (de todos), es el hecho de que todo el mundo se esfuerza por distraerlos y por proporcionarles toda clase de placeres. El rey está rodeado de gentes que sólo piensan en distraerle y en evitar que piense en sí mismo. Pero si alguna vez llega a pensar en sí mismo, se siente infeliz, por muy rey que sea» (R. Guardini, *Christliches Bewusstsein*, pág. 86). Véase Blaise Pascal, *Pensamientos*.

El hombre no es capaz de permanecer en sí mismo, no se basta a sí mismo. Huye de su interior entregándose al sueño, a la distracción producida por las cosas, al ajetreo de la vida. Según San Agustín, sólo a costa de un gran esfuerzo vuelve el hombre a entrar en sí mismo. La causa de este estado de cosas es la pobreza e impotencia ontológicas y el pecado.

Dios se contempla y se conoce a sí mismo con perenne autoconciencia clarísima y con absoluta autocomprensión, sin experimentar tedio, hastío o cansancio y sintiéndose infinitamente bienaventurado. Su capacidad cognoscitiva, idéntica con su cognos-

cibilidad, se hálfa siempre en un estado de absoluta y suprema actividad y abarca una riqueza suprema. Dios se conoce a sí mismo, sabiendo que es absoluta perfección y valor absoluto. Por eso no necesita ni puede buscar nuevos contenidos noéticos ni nuevos valores. Mientras que para el hombre es un infierno (infierno = esencialmente pérdida de Dios) el tener que bastarse a sí mismo, es para Dios suprema bienaventuranza el poseerse con plena autocomprensión; del mismo modo es para el hombre un estado celestial el poder participar en este fecundo autoconocimiento divino, mediante la visión directa de Dios, con la que va íntimamente unido el amor. (Véase la doctrina sobre el Cielo.)

6. A causa de su perfección Dios se basta totalmente a sí mismo en lo que se refiere a su autocomprensión y autoconciencia. No necesita de las cosas extradivinas para llegar a conocerse a sí mismo, mientras que el hombre necesita un tú con quien pueda confrontarse para llegar a percibirse distintamente y para llegar a conocer su esencia con todos sus enigmas y abismos. Las cosas extradivinas no pueden ofrecer estímulo e impulso alguno al Incondicionado. Dios obra con absoluta independencia y exclusivamente en conformidad con su propia esencia. Esta esencia es «la imagen cognoscitiva» en la cual se contempla a sí mismo. Dios se conoce directamente en sí mismo y de por sí. Está en contradicción con este estado de cosas tanto la doctrina de Hegel, según la cual Dios pasa del estado de inconsciencia al estado de conciencia mediante el desarrollo de antinomias, como la doctrina de Gunther (m. en 1883, en Lindenau, Bohemia), según la cual Dios llega a conocerse con toda plenitud en la esencia y actividad de las criaturas. Dios no sólo no debe a las criaturas su autoconocimiento sino que se debe a sí mismo el conocimiento de las criaturas; Dios es el objeto primario de su conocimiento, y las criaturas son el objeto secundario.

El saber de Dios comunica al conocimiento y saber humanos claridad, seguridad, dignidad y resplandor. Porque todo conocimiento humano auténtico es una participación en el saber, autoconocimiento y autoconciencia de Dios. Especialmente la fe es una participación en aquel acto de conocimiento divino que manifiesta su fecundidad en la generación del Hijo, como ya veremos en otro lugar. La participación en el saber de Dios es la esencia metafísica de la fe, derivándose de ahí su valor cognoscitivo, su claridad y luminosidad. El Seudo-Dionisio describe de la siguiente manera sobre este punto (*Acerca de los nombres divinos*, cap. 7, párrafo 4; BKV, II, 120 y sigs.): «La Escritura dice de Dios que es razón (*Logos*), no

## TEOLOGIA DOGMATICA

sólo por ser el donador de la razón, del entendimiento y de la sabiduría, sino también porque encierra en sí las causas de todo y porque compene- tra todo, pasando por todo, hasta los confines de todas las cosas, como dice la misma Escritura. Y aun antes de estas causas, por el hecho de que la razón divina es simple en un grado superior a toda simplicidad y por- que de acuerdo con su naturaleza sobreesencial no depende absolutamente de nada. Esta razón es la verdad simple y realmente existente, y hacia ella está orientada la fe divina en cuanto que es conocimiento puro y se- guro de todo lo existente, siendo la base incommovible y permanente de todos los fieles, la cual funda a éstos en la verdad y funda la verdad en ellos, en cuanto poseen inmutablemente el simple conocimiento de la ver- dad de los objetos de la fe. Porque si el conocer posee la propiedad de unir al cognoscente y lo conocido, mientras que la ignorancia es en los ignorantes la causa de su cambio continuo y de su desgarramiento in- terno, entonces, como nos lo enseña la Escritura, al que cree en la verdad nada podrá apartarle del fundamento de la fe, gracias a la cual poseerá la constancia de la identidad incommovible e inmutable. Porque el que está íntimamente unido con la verdad, ése sabe bien que se encuentra en un buen estado, aunque la multitud no sabe que mediante la fe verdadera se ha salido del error para entrar en la verdad. Pero él mismo se conoce bien, y sabe bien que no es loco sino un hombre que mediante la verdad simple está siempre y de la misma manera orientado hacia lo mismo, ha sido librado del incesante y mutable divagar por los múltiples caminos del error. De este modo, mueren diariamente por la verdad los principales maestros de la ciencia de Dios, dando debido testimonio con todas sus obras y palabras en pro del único y verdadero conocimiento de los cristia- nos, que es entre todos los conocimientos el más simple y divino, mejor dicho, el único verdadero y simple conocimiento de Dios.»

La participación del hombre en la ciencia de Dios se consuma con la visión beatífica de Dios.